



Año I

PERIODICO INDEPENDIENTE, DE AVISOS Y NOTICIAS

Núm. 17

Administración: Santo Tomás, 4  
 Redacción: Clivillers, 22  
 Talleres: San Bernardo, 2  
 Teléfono n.º 232

Viernes, 13 Octubre de 1916

Suscripción Al mes. . . 1 pta.  
 Núm. suelto 0'05 »  
 Anuncios, esqnelas, remitidos, etc., a precios según tarifa.  
 PAGOS POR ADELANTADO.

## D. ANTONIO BARROSO Y CASTILLO<sup>(1)</sup>

Alto y corpulento como un roble centenario, amable sin afectación, franco sin bajeza, ingenuo sin indiscreción y cortés sin refinamientos, era D. Antonio Barroso lo que en lenguaje tan corriente como expresivo se llama: «un buen hombre».

Circunstancias que la Providencia concuerda y conjuga, nimios episodios aglutinados al azar por la corriente parlamentaria y por la tornadiza acción de la vida, cristalizaron, hace ya algunos años, en la buena amistad que unía al que estas líneas escribe con el fallecido Ministro de Gracia y Justicia, apesar de militar uno y otro en bien opuestos campos de la política.

La primera vez que fui a las Cortes, el partido liberal, por una cuestión surgida con Maura a propósito de la distribución de las senadurías, estaba en el Aventino, y hasta pasado cerca de mes y medio no hicieron su aparición en el parlamento los hombres que segufan a Moret. El banco en que tradicionalmente se sientan los diputados de mi minoría, se halla junto a los que suele ocupar la oposición monárquica, — la oposición de S. M., como se la denomina en el argot

(1) Hemos recibido de nuestro dignísimo diputado a Cortes las presentes líneas que gustosamente insertamos, tanto por ir dedicadas a un ministro modelo de ciudadanos, como por el prestigio de la firma que las autoriza y que tanto honra nuestras páginas. — N. de R.

parlamentario —y como yo me encontraba en el extremo de la fila de mis amigos, el resto de nuestro escaño y los superiores estaban desiertos esperando que les poblara la huéste liberal. Vino el arreglo—en política todo lo tiene—y no tardaron en hacer su aparición los moretistas, quienes capitaneados por su perfumado Jefe y vestidos de flamante frac, casi todos juraron la misma tarde. Al tomar asiento, vino a mi lado un venerable señor cuyas proporciones me alarmaron y pregunté al Marqués de Tamarit que se sentaba a mi izquierda: «¿Quién es ese hombre?» y me contestó: «D. Antonio Barroso.»

Mediaron desde luego entre Barroso y yo las naturales relaciones de cortesía y atención que suelen establecerse entre próximos vecinos, y ora comentando un discurso, ora riendonos de algún chiste o celebrando alguna interrupción empezamos a trabar amistad.

Yo solía ir a Toledo casi todos los domingos, y era muy raro que en el tren o vagando por las vetustas calles de la imperial ciudad o en el Hotel de Castilla, no me encontrase con D. Antonio Barroso, quien aprovechaba también los domingos para pasar el día con su hijo Eugenio, actual diputado por Posadas

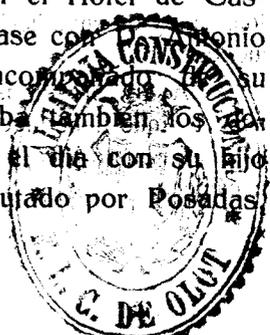
y a la sazón alumno de la Academia de Infantería. Tales encuentros y entrevistas familiarizaron mas y mas mi trato con Barroso, y después de eso, mil lances, mil coincidencias y mil casualidades fueron robusteciendo y afirmando nuestra buena amistad.

Tenía D. Antonio un temple varonil y una alma candorosa. Era hombre de corazón y solamente la misericordia podía hacerle torcer en el camino de la justicia.

Con motivo de cierta pena capital impuesta por determinada Audiencia, cuando la causa estaba pendiente del informe del Supremo, tuve yo malas noticias acerca del sentido en que iba a informar aquel alto tribunal, y careciendo de relación personal con el Presidente, que lo era, si mal no recuerdo, Martínez del Campo, me fui corriendo a casa de Barroso para que sin perder tiempo nos fuésemos a salvar a un desgraciado. D. Antonio estaba ocupadísimo y se encontraba algo delicado, pero así y todo, vistióse su amplia levita, que tenía honores de toga, calóse la chistera, que no dejaba nunca y nos lanzamos a la calle. La gestión dió afortunadamente el mejor resultado.

Era Barroso un creyente sincero que no ocultaba sus condiciones ni disimulaba sus prácticas.

Un domingo al llegar a la estación de Toledo, no recuerdo que diferencias surgieron en la contrata del coche que debía subirnos a la ciudad, y el pobre don



*E. Barroso*